

vióse un inmenso estandarte iluminado por el resplandor del incendio como por el sol.

En el centro tenía un corazón traspasado por dos espadas, escudo de los condes de Monteleone, y alrededor había esta divisa: «Agere, non loqui».

Cucuzone bajó sin precipitarse y desapareció.

A breve rato, la parte sur de Castello-Vecchio se desplomó con espantoso estruendo.

En este momento las gaitas calabresas, los «vezzi» del Abruzzo y las bocinas de caza, tocaron por todas partes la sonata del Silencio. La muralla humana que cercaba la fortaleza se apiñó. Una columna cerrada, á la cabeza de la cual marchaban tres hércules, Lucas Tristany, Gaspardo el pescador y Ruggieri el marino, empujando la línea de la guardia suiza, la desbarató.

En el centro de la Avenida-di-Porto, delante de la fuente de las Tres Vírgenes, un coche arrebatado á las caballerizas reales, todo cubierto de oro, parecía estar aguardando á alguien.

Ocho magníficos caballos estaban enganchados á él.

Un hombre vestido de púrpura como un emperador y hermoso como un semidiós, apareció llevado en triunfo. Cien antorchas alumbraban su marcha.

Este hombre subió al coche real.

Acompañábale una numerosa comitiva de caballeros.

A su paso los batidores iban aclamando al príncipe Fulvio Coriolani.

Luego disminuyó el inmenso ruido que atronaba la ciudad.

El incendio brilló aún con toda su fuerza; en seguida fué extinguiéndose, no hallando ya más alimento en los fuertes muros de piedra labrada.

El resplandor de las antorchas alumbró aún

mucho tiempo en las tinieblas de la campiña en dirección al sudoeste.

Al cabo de media hora ya nada se veía; todo estaba sumido en el silencio.

Sólo descollaba la colosal humareda del volcán, velando de negro la pálida faz de la luna menguante.

VIII

Los dos pescadores

Los que presenciaron estos acontecimientos pretenden que Nápoles estuvo toda una noche á merced de los tercios carbonarios (compañeros del Silencio).

Hubiese quizá bastado la voluntad de un solo hombre para hacer una revolución.

La voluntad faltó.

Las «logias» armadas se dispersaron, dejando sus muertos sobre el campo de batalla.

El rey de noche desdeñaba la victoria.

Fernando de Borbón, los príncipes y princesas, pasaron doce horas de terrible angustia en Pizzo Falcone. Habíase dado orden de aparejar una fragata del Estado para el caso de tener que huír.

La princesa de Salerno, favorita de Borbón, cayó en desgracia por haber proferido las palabras que recordará el lector. Ella había dicho:

—Si Coriolani hubiese queridó...

Esto le costó dos años de destierro en Capri.

Al otro día Johann Spurzeim se encargó de la cartera del ministerio de Estado y de la presidencia del Consejo.

Tres regimientos partieron en dirección de la montaña para acabar con los revoltosos. El doctor Pedro Falcone les acompañaba con una comisión del rey.

No era una persecución, sino una guerra. Malatesta, Sampieri, Colonna, Vespuccio, Marescalchi, Gravina, Pitti y Ziani, siguieron la expedición en calidad de voluntarios.

Había llegado el sexto día después del incendio. El sol se ocultaba en ese bello horizonte de la Italia del sur que hemos descrito varias veces al principio de esta narración.

Pero no se notaba la calma profunda, la sonrisa de la naturaleza que admiramos en el momento en que el caballero de Athol, despidiéndose del buen cochero Bautista Giubetti, saltaba del camino á las rocas y de éstas á la arena de oro de la playa.

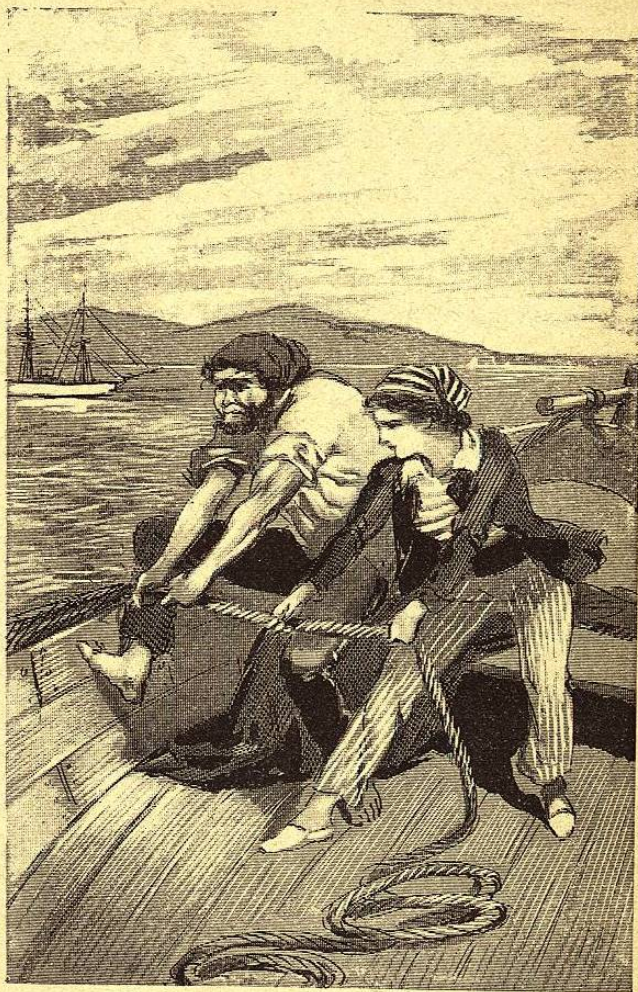
El cielo amenazador presentaba matices metálicos, como sucede siempre en estos lugares, á la aproximación de los temblores de tierra ó de las erupciones de los volcanes.

En la mar no se levantaban olas, pero se encrespaba la espuma, y de tiempo en tiempo la naturaleza parecía exhalar un confuso y tremendo clamor.

No se sabía si este ruido procedía del aire ó de la tierra. Serían las siete de la tarde.

Dos pequeños buques de guerra cruzaban las aguas de la bahía de Santa Eufemia; cosa rara en este lugar. Los dos tenían izada bandera napolitana.

Uno era un bergantín goleta de casco fino y aspecto guerrero. La otra embarcación, más peculiar á los mares de poniente, pertenecía á esa clase de buques mediterráneos que usan la vela latina. Las falúas tienen dos mástiles: el «arbore di maestro» y el «arbore de trinchetto». Las mayores llevan doce cañones en forma de batería y veintidós obuses ligeros sobre el puente. En el Mediterráneo su marcha es más ligera que la de las embarcaciones de aparejo cuadrado.



—¡A la red!—dijo el marinero de anchas espaldas.

El bergantín goleta y la falúa, bordeando á una legua uno de otro, cambiaban con frecuencia señales, no solamente entre sí, sino también con destacamentos militares establecidos de distancia en distancia en la costa.

El estado del país había evidentemente cambiado: había vigilancia activa y casi estado de guerra.

No obstante, doce ó quince embarcaciones de pescadores, cuyas cabañas se veían pegadas á las rocas de la costa iban y venían á lo largo de ella, ocupándose en su oficio.

Una de esas embarcaciones, más fuerte y mejor construída que las demás, dejaba la vela al viento, á pesar de las ráfagas del norte que iban aumentando su fuerza á medida que avanzaba la noche. Manteníase á distancia de tres leguas de la costa, y corría grandes bordadas como para velar uno tras otro todos los puntos de la ribera.

Su dotación sólo se componía de dos hombres: un joven grumete de figura vivaracha y bella, y un marino de cuerpo hercúleo, de piernas en forma de arco, frente estrecha y cubierta por sus negros cabellos. Este tenía en la boca una gran pipa de espuma.

Los dos echaban la red de pescar. Pero era á manera de pasatiempo. Cuando por casualidad cogían un atún ó un dorado, dejaban caer el pescado al agua.

Indudablemente eran falsos pescadores, y su red les servía solamente para burlar la vigilancia de los dos buques de guerra, cuyos catalejos recorrían sin cesar el golfo.

—¡A la red!—dijo el marinero de anchas espaldas.

El grumete hizo un gesto de fatiga.

—Mi buen Ruggieri—murmuró,—no es el valor lo que me falta.

—Es la fuerza, signora, ya lo sé—replicó el ma-

rinero con el acento brusco que emplean ciertas personas para disimular su emoción;—mejor estaríais en vuestro lindo gabinete.

—Tú preferirías otra ayuda: ¿no es eso, Ruggieri?

—Más valerosa no—replicó el marinero,—sería imposible, pero más robusta... Ya veis que nuestros utensilios de marinero son más pesados que vuestros abanicos.

El grumete se quitó su gorro de colores entrecolorados para enjugar su frente bañada de sudor. Una espesa masa de largos cabellos cayó en hermosos bucles sobre sus espaldas.

—¡Un esfuerzo, signora!—exclamó el marinero;—¡á la red! ¡á la red! El maldito teniente no aparta el catalejo de nosotros, como si supiese que hay aquí una linda mujer.

Distinguíase en efecto sobre el puente de la falúa un oficial cuyo catalejo no se apartaba de sus ojos.

—Dícese que el aire del mar es saludable—repuso el grumete una vez echada la red,—y á mí me parece que estoy respirando fuego, el aliento me falta.

—Es que—respondió el marinero mirando el horizonte de rojo,—la mar de hoy no es la de todos los días, signora. Hay demonios en el aire: los siento lo mismo que vos.

—¿El noroeste?—empezó el grumete.

El marinero se encogió de hombros.

—¡El noroeste y yo nos conocemos!—dijo á media voz;—daría una docena de onzas para que fuese el noroeste. El noroeste es frío, continuo y levanta olas. No, no es el noroeste, ni un viento del cielo, sino la tormenta del infortunio que sacude nuestros golfos cuando la tierra tiembla y se abre, cuando los volcanes vomitan su lava. ¿Qué

se decía del volcán á vuestra salida de Nápoles, signora?

—Hace ocho días que el Vesubio humea—respondió el grumete;—anteayer empezó á resplandecer, ayer á echar llamas, pero la lava no se ha desbordado aún.

—No importa, ya se desbordará.

—¿Esta noche?

—¡Dios lo sabe! pero antes de una semana el Vesubio abrirá su cima ó reventará por los lados. ¡Otro esfuerzo! ¡El teniente nos ha señalado con el dedo!

En efecto, el oficial acababa de llamar á uno de sus camaradas, y designaba evidentemente la embarcación con el brazo extendido.

Echóse la red. El viento arreciaba. El borde de la vela tocaba en la espuma á cada ráfaga.

—¿Qué hora os parece que es, signora?—preguntó Ruggieri.—A mi parecer deben haber dado las siete.

El grumete sacó de su seno un rico y hermoso reloj de mujer.

—Las siete y cuarto—respondió.

El marinero arrugó el entrecejo.

—¡Aun anda!—dijo. Luego añadió:

—Este viento endemoniado debe dispersar la humareda. ¡Si no pudiésemos distinguir sus señales!

Giró la caña del timón, cambió de amura y cargó la vela, poniendo la vela en dirección á Strómboli que empezaba á confundir á lo lejos sus contornos en el crepúsculo de la noche.

La embarcación corría á lo largo, surcando la planicie inmensa de espuma.

A medida que se alejaba de la costa parecía calmar el viento.

—¡Ya lo he dicho!—murmuró el marinero.—Estas ráfagas salen de la tierra. ¡Es el huracán del infortunio!

Al cabo de algunos minutos, el aspecto de la costa cambió. Nuestros dos marineros empezaron á ver las colinas del interior por encima de las rocas.

Ruggieri dirigió su catalejo á dos puntos de la ribera: uno adentro del cabo Vaticano, el otro mucho más al norte y casi en dirección de Pizzo.

—¡San Genaro!—exclamó,—más de media hora de retardo, y nada!... ¡nada!

Dibujóse una sonrisa en los labios de aquel niño débil, pero osado y hermoso, al que el marino llamaba signora.

—¡Si Dios quisiese que faltase á la cita!—murmuró.

Esto era la expresión de una esperanza, ó mejor, de una súplica.

—Si apareciese el fuego en la cima del monte Pulcino, deberemos costear el cabo Vaticano; esto será fácil y allí estaremos abrigados por el promontorio. Pero si vemos la humareda por el lado de Nari, la cosa cambia de aspecto; entonces deberemos dirigirnos á Santa Eufemia, más allá de Pizzo. ¡Viento contrario! costa bravía, y el tiempo pasa...

Ruggieri parecía inquieto.

El día declinaba hasta el punto de no distinguirse el movimiento del puente de la falúa. En cuanto al bergantín goleta bordeaba tan cerca de tierra que la costa de Martorello le hacía sombra.

De repente Ruggieri batió palmas y dió un grito. El grumete levantó la cabeza.

—¡Veis! signora, ¡veis!—dijo Ruggieri enderezando su cuerpo vigoroso y dilatando el pecho.

La signora disfrazada de grumete exhaló un suspiro. —El dado está echado—murmuró.

—La señal es en el valle de Nari—dijo el marino;—el diablo anda en ello esta noche, ¡Pero nosotros no tenemos miedo del diablo!

En un abrir y cerrar de ojos, la embarcación viró de bordo y se puso á luchar contra el viento que hacía besar la vela al mar.

Era una excelente chalupa de construcción siciliana que debió pertenecer á algún bergantín contrabandista.

Ruggieri estaba en el timón. El grumete echaba agua al mar.

La noche cerró del todo; el cielo aparecía nublado. Ruggieri se guiaba por las luces que había en las ventanas de Pizzo.

El fuego encendido en el valle de Nari ya no estaba oculto por las rocas de la ribera.

El grumete sintió de súbito que le estrechaban el brazo.

—No os meneéis—dijo Ruggieri á su oído,—¡ni un resuello! ¡en ello nos va la vida!

La advertencia no era inútil, y sobre todo llegaba á tiempo.

En el pecho de la signora se ahogó un grito.

Sobre la espuma blanca y fosforescente del mar se elevaba una masa negra que parecía enorme.

Entre dos ráfagas oyóse ruido de voces y un canto que parecía venir del cielo.

Las voces eran de oficiales que conversaban sobre el castillo de popa, y el canto lo entonaba un marino que cabalgaba sobre una verga; precisamente encima de la cabeza de nuestros dos pretendidos pescadores.

La masa negra era la falúa napolitana.

La chalupa se deslizó como una flecha por el flanco de la falúa, cortó su estela y pasó desapercibida.

Un instante después seguía la resaca frente de una costa de rocas, á una media milla más allá de Pizzo.

Era el lugar de la cita.

A derecha é izquierda dos pequeñas puntas de

rocas se adelantaban hacia el mar formando en este punto una ensenada microscópica que utilizaban con frecuencia los contrabandistas.

Ruggieri trató de fondear entre las dos rocas, pero los dientes del ánora no pudieron afianzarse en el fondo pedregoso por el mal tiempo que hacía. Ruggieri arrió velas y procuró sostenerse con los remos.

El grumete estaba ahora en el timón.

Una línea de espuma más brillante anunció el fondo de la ensenada.

Ruggieri llamó con la bocina: esa especie de extraño grito que hemos oído tantas veces en Nápoles le contestó en seguida, y aparecieron dos siluetas sobre el fondo negro de las rocas.

La mar estaba baja; y aunque el flujo no se deje sentir en las riberas del Mediterráneo, sin embargo la diferencia entre la mar alta y baja puede cambiar completamente condiciones de abordaje en ciertas playas cercadas de escollos.

Aquí la marea baja abandonaba la explanada de rocas donde estaban los dos desconocidos á siete ú ocho pies sobre la embarcación, y ésta no podía adelantar á más distancia de la de dos remos, so pena de estrellarse en mil pedazos.

Bajo la explanada había una roca cortada á pico donde ni una gamuza hubiera podido poner los pies.

—¡Despachemos pronto!—dijo una voz imperiosa en la roca.—¿Fiamma está á bordo?

—¡Aquí te espera!—respondió la voz dulce y sonora del grumete.

—¡Buenas noches, Ruggieri!—dijeron al propio tiempo desde tierra.

—¡Buenas noches, Cucuzone!—repuso el marinero.

Luego añadió:—¿Traes sogas?

—Por supuesto.

—Ata una piedra á un extremo, porque este viento rechazaría el cable de un ánora de primer orden, y procura no tocarnos.

—¿Fiamma no puede resguardarse?—preguntó la primera voz que había hablado.

—No tengas cuidado por mí—replicó la mujer.

—Colocaos á la popa, signora—añadió Ruggieri,—pero apresuraos, no puedo sostenerme contra la resaca.

Veíase en esta especie de galería circular que dominaba el fondo de la ensenada una sombra alta y arrogante envuelta en una capa que agitaba ruidosamente el viento.

Además de ésta se distinguía otra forma humana. Era Cucuzone ocupado en atar el cabo de su sogas alrededor de una punta de roca.

Un relámpago salido de en medio de una nube, precediendo á un trueno lejano, iluminó esta alta sombra de hombre inmóvil.

A su luz apareció el semblante triste, pero tranquilo, de aquel hermoso príncipe Fulvio Coriolani que había sido el ídolo de la corte.

IX

Una idea de Ruggieri

Una vez Cucuzone tuvo atado el cabo de su sogas á la punta de la roca, se adelantó al borde de la plataforma. Allí midiendo con la vista la distancia que le separaba de la chalupa y calculando sus rápidas oscilaciones, lanzó su piedra atada á la sogas de manera que cayese al agua cerca de la proa, al alcance de la mano de Ruggieri.

Las dos primeras tentativas no tuvieron éxito, pero á la tercera el marino pudo coger la cuerda cayendo de pechos sobre la orla de la chalupa.